

ÓSCAR CALAVIA

# Imperio mío

*Apólogos de la conquista*

# Índice

Tierra a la vista, 7

## PRIMERA PARTE:

LA EDAD DE LOS METALES, 19

El oro y la plata, 21

El hierro, 64

Por una corona, 107

## SEGUNDA PARTE:

LA EDAD DE LA TINTA, 141

El rey oficinista, 143

La edad de la razón, 222

## TERCERA PARTE:

LOS HUNOS Y LOS HOTROS, 249

Leyenda negra, 251

Y tú más, 271

Los indios, 280

Cuatro cosas, 297

Moraleja, 303

Bibliografía citada, 305

## TIERRA A LA VISTA

### DISPARATES

Los europeos pasaron unos tres siglos descubriendo América sin que a los indios se les ocurriese a su vez descubrir Europa. Los que más cerca llegaron fueron quizás los sewee, parientes lejanos de los sioux de las grandes praderas, que hacia finales del siglo xvii vivían en la costa de Carolina del Sur. Los sewee pensaron que los colonos ingleses los engañaban en el precio que les daban por sus pieles, y decidieron prescindir de intermediarios. Prepararon a espaldas de los blancos, con toda discreción, una gran flota de canoas gigantes que cargaron de mercancías y provisiones; juntaron a todos los hombres, salvo viejos, niños e inválidos, y zarparon rumbo a Inglaterra. Habían observado con cuidado la dirección que traían los barcos británicos, siempre la misma, y la siguieron con la intención de comerciar, y quién sabe si establecer una factoría allí lejos. La empresa acabó en tragedia. La flota se topó con una tempestad, y los sewee que sobrevivieron a ella fueron encontrados en alta mar por un barco inglés que los recogió caritativamente y los vendió como esclavos en las islas del Caribe. A los pocos sewee que quedaron nada les irritaba más —dice Lawson, un cronista de entonces que había oído esa historia de un mercader— que hacerles recordar su disparate.<sup>1</sup>

---

1 Milling, 1969, pág. 208.

¿Pero fue verdaderamente un disparate? Los sewee no eran tontos: de hecho prepararon su expedición con gran habilidad. Puede ser que su desgracia no se haya debido a su impericia naval o su desconocimiento del océano (procuraron prepararse para ello, inventando un tipo de embarcación más fornida que la habitual), sino más bien a su incomprensión de la economía del hombre blanco. Tantos y tantos barcos ingleses llegaban a sus costas nada más que para proveerse de pieles, que su puerto de origen no podía estar muy lejos. ¿Qué sentido tendría, si no? ¿Quién cruzaría un océano por unos pellejos? Algo en la misma línea pensaban los tupinambá de la costa brasileña de los normandos que enfrentaban la travesía del Atlántico para cargar sus barcos de palo brasil, usado en la época como tinte. ¿Tan mísera era su tierra que tenían que hacer todo ese viaje en busca de leña?

Los sewee eran pocos y el desastre significó mucho para ellos. En números absolutos, no fue más que una gota en el océano de los millares de naufragios de la época. Ya lo decía Fernando Pessoa preguntándole al mar salado cuánto de su sal eran lágrimas de Portugal. Pessoa, un nacionalista, no pensaba en las lágrimas de África, ni siquiera en las de sus vecinos europeos. En doce años de expediciones a las Indias, volvieron a España solo 270 naves de las 490 que fueron.<sup>2</sup> Y sin embargo las empresas imperiales no han sido recordadas como disparates, porque esas tragedias nunca han contado mucho a ojos de quien hacía las cuentas: la distancia que se puede recorrer para comprar pieles o leña es proporcional a la que hay entre los que están abajo y los que están arriba; es lo que no entendían ni los sewee ni los tupinambá, pueblos más llanos que sus colonizadores.

A Cristóbal Colón podría haberle pasado algo parecido. Los doctores del Consejo Real de Castilla que examinaron su proyecto y lo rechazaron no eran esos energúmenos terraplanistas que pintan las

---

2 Descola, 1957, pág. 376.

historias populares: no era la redondez de la tierra lo que estaba en discusión. De hecho los doctores tenían toda la razón: el globo terráqueo era mucho mayor, y las costas de Asia estaban muchísimo más lejos de lo que Colón suponía. Si hubiese tenido que navegar hasta el Japón por la ruta occidental, que era lo que él pretendía, los marinos habrían acabado por echarlo al mar, como casi hicieron; o quizás por comérselo, hambrientos en medio del océano. Suerte suya, se interpuso en la ruta un continente imprevisto. O quizás, como se dijo en la época, Colón ya sabía, porque tenía informaciones secretas que le había dado un náufrago.<sup>3</sup> O se lo había revelado Dios, como también se dijo. En todo caso, creía saber que había llegado a las islas del Japón, o por lo menos a sus ante-islas (de donde *Antillas*), y el equívoco tardó unos buenos años en aclararse. Para entonces ya se había hecho costumbre llamar a todo aquello «las Indias».

## MAMA TIERRA

Tantos libros, tantas películas sobre él y sin embargo basta leer los informes que envía a los Reyes Católicos enterándolos de su tercer y su cuarto viaje para sospechar que Colón es un personaje desaprovechado. En la época en que se le hacían monumentos pasaba por un benefactor de la humanidad que había acabado con las concepciones medievales sobre el planeta, o como un visionario mesiánico que soñaba con un orbe cristiano. Ahora se derriban esos mismos monumentos y se le tilda de traficante sin escrúpulos que hacía cuentas de las onzas de oro y las cabezas de esclavos que podía juntar. De hecho, da vértigo leer esas líneas en que Colón, de hablar una y otra vez del olor delicioso de las selvas antillanas y las flores y los cantos de los pajaritos y los colores del mar y el tiempo suave como una primavera en Andalucía y de una gente que es la

---

3 López de Gómara, 1985, pág. 45.

PRIMERA PARTE

# La edad de los metales

## EL ORO Y LA PLATA

FELIPE GUAMÁN POMA, un indio noble nacido en los Andes centrales peruanos hacia 1534, dedicó los años de su vejez a completar un manuscrito de más de mil páginas, con 397 ilustraciones primorosas de su mano, que trataba del Perú de antes y de después de la conquista. Cuando lo acabó, se lo envió al rey Felipe III, que casi seguro no lo recibió. En el folio 368 del manuscrito original da su versión de cómo empezó esa conquista. Según Guamán, un español y un enviado del Inca se encontraron y hablaron por señas, y el indio «[...] preguntó al español qué es lo que comía; responde en lengua de español y por señas que le apuntaba que comía oro y plata. Y asina dio mucho oro en polvo y plata y vajillas de oro».

Después de ese encuentro, el español fue a España y contó que en el Perú «la gente se vestía y calzaba de todo oro y plata y que pisaba el suelo de oro y plata y que en la cabeza y manos traía oro y plata». Con eso provocó una verdadera fiebre: «Con esta nueva y codicia y publicamiento de oro y plata se hicieron gente... Todo decía: Indias, Indias, oro, plata, oro, plata del Pirú. Hasta los músicos cantaban el romance: «Yndias, oro, plata» [...] que si la reina le dejara venir, me parece que toda Castilla se viniera con tan rica nueva deseada oro y plata».<sup>1</sup>

---

1 Guamán Poma, tomo II, págs. 376-8; he actualizado la ortografía.

Don Felipe Guamán Poma de Ayala era, aunque no en el sentido convencional, un mestizo. Puro descendiente de indios —entre ellos el mismo Inca Túpac Yupanqui—, se juzgaba también pariente de nobles españoles, como se ve en los apellidos con que firma. No tenía buena opinión de los españoles —aunque sí de su rey, y de la mayor parte de su nobleza—; y su modo de contar las cosas, como el castellano retorcido en que escribe, revela nociones poco europeas de la historia y del mundo. La literatura decolonial lo ha tomado como precursor, no sin antes corregirlo y convertirlo en Waman Puma. Como vemos, su versión de la gesta hispana prescinde de motivos altruistas.

Ya en el último suspiro del siglo xvii, Juan de Villagutierre, un abogado y relator del Consejo de Indias, declara que eso es una calumnia: «Ha querido la malicia introducir en los corazones de las gentes, que al descubrimiento de estas Indias o tierras Occidentales del nuevo orbe, solo lleva a los españoles la codicia del oro, plata y demás riquezas [...] y cierto, que para confundir esta voz, nacida de una mordacísima y rabiosa envidia, o emulación, no hay ya en los presentes tiempos necesidad de razones».<sup>2</sup>

Si Guamán Poma tiene sus seguidores hasta ahora, Villagutierre también los tiene; como él, están convencidos de que esa historia de la pura codicia ha sido inventada por la pura envidia, y que contra ella las razones sobran. Puede que el ansia de oro jugase en todo aquello *algún* papel, pero no pasó en todo caso de un papel menor.<sup>3</sup>

En la España imperial no estaban informados de eso. Hacia 1518, los castellanos se quejaban de que los ministros flamencos y

---

2 Villagutierre, capítulo IV, pág. 64.

3 Es el tono habitual de los comentarios que se encuentran en la bibliografía española: como dice en su introducción el editor de López de Gómara, 1985: «si bien en aquel afán de dominio había unos innegables intereses de orden material...»; en épocas anteriores se echa de menos esa prudencia, perdida entre panegíricos imperiales que tienen muy escaso parentesco con los textos de la época verdaderamente imperial...



borgoñones del flamante rey Carlos les tenían *por sus indios*. Al final de ese mismo siglo, un procurador de las Cortes denunciaba que España era las *Indias de los extranjeros*, y Baltasar Gracián, cincuenta años más tarde, se quejaba de que España se había vuelto *Indias de Francia*.<sup>4</sup> No querían decir que los flamencos, los extranjeros o los franceses se obstinasen en cristianizar España, sino que la estaban expoliando. Hacia 1570, un funcionario real destinado en Milán decía que «a estos ytalianos aunque no son yndios se les ha de tratar como a tales»;<sup>5</sup> no quería decir que hubiera que evangelizarlos.

En esas formas de hablar se nota que el pillaje de las Indias había adquirido un valor proverbial: las Indias significaban botín, como el león significaba fuerza y bravura o la primavera un renacer. La misión evangelizadora tenía otro lugar en el discurso: se decía después, era un argumento para responder a quien ponía en duda el derecho de conquista. Las largas polémicas sobre ese tema fueron haciendo que la labor misionera figurase en titulares cada vez mayores, y es casi seguro que Villagutierre dijo lo que dijo con toda convicción; pero basta acudir a los testimonios de los primeros tiempos para notar que los españoles del Renacimiento no perdían tanto tiempo en dar excusas.

## DIVINA CODICIA

Si hay algo en que la leyenda negra y la leyenda rosa se ponen de acuerdo, es en que esos españoles eran muy cristianos. Y cristianos eran: no tenían otra opción en la España de la época. Pero eso no significa gran cosa, porque bajo la supuesta uniformidad de credo había muchos modos muy diferentes de ser cristiano.<sup>6</sup> El cristia-

---

4 Maldonado, pág. 14; Kamen, 1979; Gracián, pág. 345.

5 Kamen, 1998, pág. 255.

6 Véase el clásico (y como tal poco leído) Caro Baroja, 1985: la diferencia, dentro del

## Y TÚ MÁS

### IMPERIOS COMPARADOS

El continente americano fue desde el siglo XVI y el XIX un campo de batalla constante entre las cinco potencias que fueron a instalarse en su territorio. Los portugueses cayeron a degüello sobre los franceses en la costa brasileña, como hicieron los españoles en Florida. Españoles y portugueses juntos expulsaron a los holandeses que habían ocupado Pernambuco a principio del siglo XVII, y desde la independencia de Portugal hasta el final de la colonia mantuvieron una guerra de baja intensidad, con picos de guerra declarada, por el control de la colonia del Sacramento, al sur del Uruguay, y en torno a las fronteras del actual Paraguay y de la Amazonia. Franceses e ingleses se mataron por el dominio del Canadá y estos últimos expulsaron a los holandeses de Nueva Amsterdam, que vino a llamarse entonces Nueva York. En fin, los españoles libraron una guerra perpetua contra corsarios, piratas, bucaneros y filibusteros ingleses, franceses, holandeses y portugueses (no faltó algún español que otro)<sup>17</sup> a todo lo largo de las inmensas costas de América y especialmente en el mar de las Antillas, sin poder impedir que se convirtiese en un sembrado de pequeñas repúblicas piratas.

---

17 El texto de Exquemelin (1971), incluso por el modo en que fue compuesto, da una idea del cosmopolitismo del mundo pirata.

En esta reyerta interminable había un solo punto en el que todas las potencias europeas coincidían: en la convicción de que su propio modo de tratar a los nativos era más humano, benéfico y digno que el de las otras. Ya hemos hablado de los títulos de gloria del Imperio español: la organización compleja, las Leyes de Indias, el mestizaje etc. Todos los demás medían sus méritos en contraste con ella. Los portugueses alegan que ellos no se entregaron al secuestro y extorsión de los jefes indígenas, a la manera de Cortés, Pizarro o Guzmán. En lugar de eso, se hicieron con la tierra por medios suaves, como cuñados implacables que poco a poco se fueron haciendo con el santo y con la limosna, o en el caso con las indias y las Indias. Ya hemos hablado antes de ejemplos señeros como el de Diogo Alvares Caramuru o João Ramalho.

Franceses e ingleses subrayan más bien el establecimiento de alianzas en pie de igualdad con los indígenas. La versión francesa insiste sobre todo en la frecuencia y el brillo de las visitas a las que los indios eran invitados.<sup>18</sup> Esta política de anfitriones mutuos no se desdora por el hecho de que los indios, en Brasil o Canadá, mostraran cada vez menos ganas de visitar Francia, un lugar insalubre de donde pocos invitados regresaban con vida o sin ella.<sup>19</sup> Sebastián Caboto, marino veneciano que ya había servido a la Corona española en un malhadado viaje al Plata, volvió más tarde a navegar en busca de un paso al Asia por el norte, como socio de una compañía inglesa cuyo principal accionista era John Dudley, el favorito de la reina Elizabeth. Sus instrucciones en ese viaje contrastan vivamente con la conducta española: aconsejan en primer lugar que no se revele la propia religión y que se finja estar de acuerdo con las leyes y ritos del lugar, tratando a los nativos de modo que no se creen enemigos. Se aconseja también que se les dé de beber cerveza o vino, porque así «se podrán saber los secre-

---

18 Perrone Moisés, 2014.

19 Dickason, pág. 243.

tos de su corazón».<sup>20</sup> La misión cristiana no sirvió como pretexto general de las colonias británicas, que sin embargo empezaron a hacer uso de ese argumento de defensa de la libertad de comercio acuñado nada menos que por Francisco de Vitoria.

Todas esas modalidades de encuentro tienen muy poco que ver, hechas todas las cuentas, con el *ethos* de las potencias. Mucho más con la entidad y la organización de los pueblos nativos afectados, con el flujo de colonizadores, con el medio ambiente en que la colonización se daba. Ninguna otra potencia europea se encontró en América con algo comparable a los Imperios azteca o inca, o porque no lo había o porque las epidemias habían llegado antes. Nos quedaremos sin saber qué política habrían mantenido en ese caso, aunque algo podría imaginarse, por analogía, a partir de experiencias posteriores en otros continentes, especialmente en Asia; además, Cortés había sentado un precedente que sus compatriotas siguieron y que los extranjeros admiraron.

Por el contrario, en la América española, de lejos la más extensa y variada, se pueden encontrar los equivalentes de todas las otras políticas europeas: los españoles conquistaron a la manera española, pero también a la portuguesa, a la francesa o a la inglesa.

Conquistaron a la manera portuguesa en el Paraguay, donde Domingo de Irala se convirtió, en poco tiempo, en el feliz padre, abuelo y bisabuelo de una multitud de mestizos que durante más de cien años constituyeron el núcleo más sólido del Imperio español en el sur de América del Sur.<sup>21</sup> Las alianzas y los tratados tampoco faltaron: ya se ha hablado de los que se hicieron con los indios al norte de México; alianzas semejantes con pueblos independientes se celebraron en las fronteras del sur de Chile, en Argentina y Paraguay. De hecho, ya las primeras conquistas las habían practicado, aunque en ese caso habían resultado rápidamente en la

---

20 Álvarez Peláez, pág. 182.

21 Ruy Díaz de Guzmán, 1994.

sumisión de los aliados. Tampoco faltó el vaivén festivo transatlántico: los visitantes amerindios no eran recibidos en la corte española como reyes aliados, pero tampoco montaron siempre en las carabelas como esclavos: a veces eran vasallos apadrinados por los reyes en sonados bautismos. En una visita al papa, Hernán Cortés cosechó un enorme éxito con una *troupe* de acróbatas mexicanos que había llevado consigo. Un príncipe polaco que los vio mostró un gran empeño en que le vendiese al menos uno de ellos.<sup>22</sup>

En las fronteras del Cono Sur, el Imperio español anticipó buena parte de todo lo que más tarde formaría la épica y la tragedia del Far West. A finales del siglo XVIII, el capitán Amigorena, guipuzcoano, empezó su función como comandante de la frontera sur de Tucumán con campañas de tierra arrasada donde hizo pasar a cuchillo aldeas enteras, hombres, mujeres y niños. En algún caso, optó por tomar como rehenes a las esposas e hijos de algunos caciques importantes para usarlos como medio de presión sobre ellos. Retuvo a los rehenes en su casa, y con el tiempo y la larga convivencia comenzó a cambiar de política. Empezó a pactar con los jefes indígenas, a ofrecerles presentes, a permitir su paso hacia ferias y mercados, a suministrarles alimentación e incluso escolta mientras estuviesen en territorio español. Se convirtió en padrino de bautismo y por lo tanto en compadre de muchos, y se hizo igualmente al complejo ceremonial típico de las conferencias políticas de los indios. Esa estrategia era novedosa al este de los Andes, pero era la que ya desde finales del siglo XVII había acabado por imponerse en Chile para llegar a términos con el problema araucano; esa estrategia pactista de los «chilenos» no era del gusto de todo el mundo, pero dio tan buenos frutos que, como ya vimos, los indios continuaron combatiendo a los independentistas criollos en cumplimiento de los tratados que habían celebrado con el representante del rey de

---

22 Bataillon, 1959.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Abril Castelló, Vidal. «Brevisima relación de la destrucción del Perú. La inquisición limeña, 1572-1578, represión política». En José Luis Peset, *Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica*, Tomo I. Madrid: CSIC, 1989.
- Acosta, José de. *De procuranda indorum salute*. Madrid: Ediciones España Misionera, 1952.
- Álvarez Peláez, Raquel. *La conquista de la naturaleza americana*. Madrid: CSIC, 1993.
- Anderson Wilson, Robert. *Mexico and its Religion. With Incidents of Travel in That Country*. Nueva York: Harper&Brothers, 1855.
- Armstrong, William H. *Warrior in two worlds. Ely S. Parker, Union General and Seneca Chief*. Syracuse University Press, 1978.
- Ateneo de Madrid. *La ciencia española en ultramar*. Madrid: Doce Calles, 1991.
- Azara, Félix de. *Viajes por la América Meridional*. Buenos Aires: Austral, 1969.
- Azara, Félix de «Memoria de D. Félix de Azara sobre a necessidade e os meios de defender a fronteira sul...». En *Manuscritos da coleção De Angelis*, tomo VII. Río de Janeiro: Biblioteca Nacional, 1969, págs. 443-457.
- Basso, Keith. *Portraits of «The Whiteman»*. *Linguistic Play and Cultural Symbols among the Western Apache*. Cambridge University Press, 1979.
- Bataillon, Marcel. «Les premiers Mexicains envoyés en Espagne par Cortès». En *Journal de la Société des Américanistes*, Tomo 48, 1959, págs. 135-140.
- Baudin, Louis. *El imperio socialista de los Incas*. Santiago de Chile: ZigZag, 1955.
- Baudot, Georges, y Todorov, Tzvetan. *Relatos aztecas de la conquista*. México: Grijalbo, 1990.
- Benavente, Fray Toribio (Motolinía). *Historia de los indios de la Nueva España*. Madrid: Destín, 2001.

- Bennassar, Bartolomé. *A cama, o poder e a morte*. Lisboa: Círculo de Leitores, 2009.
- Blázquez, José María. «Administración de las minas en época romana. Su evolución». En C. Domergue (coord.). *Minería y Metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas. Coloquio Internacional Asociado*, Madrid 24-28 octubre 1985, vol. II. Madrid: 1989, págs. 119-131.
- Brading, Davis A. *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Braudel, Fernand. *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Tomos I, II. México: Fondo de Cultura Económica, 2015-2016.
- Brown, Dee. *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*. Madrid: Turner, 2012.
- Burón Díaz, Manuel. *El Patrimonio recobrado. Museos indígenas en México y Nueva Zelanda*. Madrid: Marcial Pons, 2019.
- Burton, Richard. *The City of the saints*. Nueva York, Alfred Knopf, 1963.
- Bustamante, Jesús. «Retórica, traducción y responsabilidad histórica: claves humanísticas en la obra de Bernardino de Sahagún». En Ares, Berta; Bustamante, Jesús; Castilla, Francisco; y Pino Fermín del. *Humanismo y visión del otro en la España moderna*. Madrid: csic, págs. 245-375.
- Cabeza de Vaca, Alvar Núñez. *Naufragios y comentarios*. Madrid: Editorial Libra, 1970.
- Cantón Delgado, Manuela. *Imágenes para una leyenda. La cultura de frontera en Nueva España*. Sevilla: Monte de Piedad y Caja de Ahorros, 1989.
- Canuto Castillo, Felipe. «“Españoles descendientes de aquéllos [indios]”. Nietos españoles de caciques indios». En *Nuevo mundo, mundos Nuevos*, 2017, <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.70408>.
- Carneiro da Cunha, Manuela. «Política indigenista no século XIX». En *História dos Índios no Brasil*. São Paulo: Companhia das Letras, 1992, págs. 133-154.
- Caro Baroja, Julio: *Las brujas y su mundo*. Madrid: Alianza Editorial, 1973.
- *Las formas complejas de la vida religiosa*. Madrid: Sarpe, 1985.
- Castilla, Francisco. «Francisco de Vitoria, una biografía de sus ideas políticas y religiosas». En Ares, Berta; Bustamante, Jesús; Castilla, Francisco; y Pino Fermín del. *Humanismo y visión del otro en la España moderna*. Madrid: csic, págs. 13-135.
- Castro, Américo. «Fray Bartolomé de Las Casas o Casaus». En *Cervantes y los casticismos españoles*. Madrid: Trotta, 2002 [1965].
- Cavillac, Michel y Pérez de Herrera, Cristóbal. *Amparo de pobres*. Madrid: Espasa-Calpe, 1975, págs. IX-CCIV.